

EDITORIAL

Pensamientos y reflexiones

Hace menos de 2 meses y con relación al LXXIV Congreso Chileno e Internacional de Cirugía celebrado en la ciudad de La Serena, bajo la presidencia del Dr. Hernán Arancibia O., decidí enviar algunos pensamientos y reflexiones a la prestigiosa Revista Chilena de Cirugía, que sin duda constituye la columna vertebral de nuestra Sociedad, el vínculo de unidad a través de nuestra geografía larga y accidentada y la mejor vitrina, que de una u otra manera lo que en Chile realizan los diferentes grupos que dedican su empeño y su trabajo en pro del progreso de esta rama de la Medicina - Reflexiones, consideraciones o pensamientos que pueden tener algún valor por el sólo hecho de provenir, de un cirujano que ya cumple 45 años de profesión en provincias. Cirujano general que hizo urgencia en sus comienzos, que exploró todos los campos del quehacer quirúrgico de acuerdo a su época, a las posibilidades técnicas y de equipamiento y que ha debido ahora, bajo el imperativo de los tiempos modernos, tratar de adaptarse y adecuarse a las nuevas y revolucionarias tecnologías, a los vertiginosos sistemas de comunicación y a los adelantos científicos, que ya superan a la ficción y a la imaginación de los más osados y aventurados.

Las palabras en el discurso del presidente Dr. Arancibia en la sesión inaugural hicieron sintonía con mi manera de pensar y ver las cosas, conceptos que ya muchas veces habíamos machacado y reiterado en las reuniones y congresos de la Sociedad Médica del Norte Ello me impulsó a tomar un papel y escribir algunas notas con la intención de tratar de influir en quienes puedan haber tomado un camino equivocado en la práctica profesional y especialmente en aquellos que inician el camino. El puso una luz de alerta absolutamente necesaria en nuestros tiempos y llamó con energía a volcar nuestro esfuerzo en el empeño de humanizar el ejercicio profesional. Volver a conocer y potenciar la desaparecida relación médico-paciente. Reencontrarnos con esos valores que echamos ahora tanto de menos y que se han olvidado en el afán, a veces casi enfermizo, de conquistar el dinero y el mercado. El fue más allá, con la pretensión de corregir en el futuro esta nueva óptica con que se mira el quehacer médico-quirúrgico. Llamó con fuerza a la sana intención de volver a orientar la conducta del médico cirujano, haciendo un llamado a los profesores de Cirugía y autoridades universitarias con el fin que temas o cursos con estos contenidos como "Conducta y Ética profesional", sean obligatorios en las Escuelas de Medicina y constituyan un requisito de primer orden dentro de la formación médico-quirúrgica. Estos contenidos deben ser, y como se ha venido haciendo, un temario obligado en las reuniones científicas y Congresos de las Sociedades Científicas nacionales.

Quisiera aprovechar estas líneas para hacer un llamado a las conciencias de los médicos-cirujanos y profesionales de la salud en este mismo sentido, un llamado al carácter y al ambiente humano que debemos imprimirle a nuestro accionar y a nuestro desempeño.

La proliferación de la excesiva tecnificación, no sólo va cambiando al médico en ingeniero o técnico, sino, que cada vez, el médico confía o confiará más el diagnóstico a un conjunto de datos y procedimientos que le facilitan su tarea, dejando de lado al enriquecedor encuentro con el ser que sufre. Cada día vemos que existe un mayor olvido de los clásicos conocimientos, del interrogatorio detenido y acucioso, de la verdadera exploración clínica, del diagnóstico sin prisas, de la provechosa conversación con nuestros pares en los casos difíciles y de la sagrada relación médico-paciente.

Se hace imperativo que, ante el avance avasallador de los medios de apoyo diagnósticos y terapéuticos, el médico-cirujano aprenda a discernir y colocar el bienestar del enfermo ante todo, excluyendo el abuso y la magnificencia tecnológica, evitando así a sus pacientes riesgos y gastos innecesarios.

El médico, que es poco conocedor del aspecto humano de su quehacer, que no recuerda y hace conciencia de que se encuentra en su camino, diariamente, frente a enfermos y no a enfermedades, aquel

médico que nunca llega a distinguir entre curación, alivio y consuelo, acabará haciendo de su ejercicio profesional un acto mecánico, deshumanizado, frío, superficial y sin carisma.

La actividad médica como consecuencia debe traspasar las fronteras de una simple profesión y llegar a conseguir la auténtica dignidad de una verdadera y noble misión.

Si nuestra mente y nuestro espíritu han llegado a comprender que nuestra única razón de ser y hacer es en último término el enfermo con todos los componentes que rodean su estado y su posición, él debiera constituir siempre nuestro punto de mira, nuestra preocupación preferente y nuestro horizonte. Allí no tiene cabida la soberbia y el mercantilismo, dos factores que desvirtúan absolutamente esa razón de ser y hacer.

La medicina es una prestigiosa y digna condición. Para quien la ejerce como médico general o en las diferentes áreas de sus especializaciones significa un privilegio de excelencia. Nuestra tarea desde el ámbito de la cirugía es tratar día a día de acrecentar ese prestigio, luchar por sacar del camino el trabajo deshonesto cuyo punto de mira apunta a otros fines y tratar, en la medida y capacidad de cada cual, de mantenerse al día. No realizar procedimientos ni intervenciones para los cuales no estamos preparados suficientemente y considerar que siempre habrá alguien que tiene más experiencia y conocimientos sobre el tema en cuestión. El pedir su ayuda no significa un fracaso ni una vergüenza cuando dicha acción va en beneficio del paciente.

Nuestra tarea como médicos no es una tarea fácil, nunca lo ha sido. Tiene muchos bemoles, asperezas y tropiezos. El saber sortearlos con prestancia, dignidad y honestidad prestigian nuestra labor, la de nuestro grupo y la de nuestra comunidad. La medicina y, por ende, la cirugía constituye un arte por lo que significa la virtud para realizar una tarea. También su trabajo lleva implícito un carácter de humildad. No lo sabemos todo, no podemos saberlo todo y muchas veces nos equivocamos. Al mismo tiempo lleva aparejada la satisfacción espiritual de haber logrado un beneficio para nuestros semejantes, que estoy cierto que constituye la mayor recompensa.

Alguna vez la definimos como “Una ciencia difícil, un arte delicado, un humilde oficio y una noble misión”.

Dr. SYLVIO DEL LAGO ROMO